

## IRÁN

*Pocos países han permanecido tan opacos al escrutinio objetivo, tan resistentes al análisis coherente, como Irán. Recurrentemente caracterizado como el más hostil hacia Occidente de los regímenes de Oriente Próximo, la República Islámica ha colaborado en secreto con la invasión estadounidense de Iraq y la ocupación de Afganistán, contribuyendo a crear regímenes títeres de Estados Unidos en Bagdad y Kabul. Representado con regularidad como poco más que una dictadura clerical, ha celebrado –caso único en la umma regional– elecciones genuinamente impugnadas y mantenido un parlamento en el que el debate no es pura fachada y las votaciones son impredecibles; no obstante, la prisión, o algo mucho peor, espera al disidente convencido de sus principios. Presentado como una teocracia oscurantista, ha transformado los niveles de alfabetización popular y ha dotado a las mujeres de mayor acceso a la educación superior que cualquier otro régimen de su entorno. Famoso por su poesía en el pasado, desde 1979 el país ha producido una de las filmografías más ricas del mundo, aun cuando millones han sido excluidos por la represión cultural. Hoy, Irán se está moviendo hacia el centro de la escena en el tablero internacional, cuando Estados Unidos se dispone a ceñir la soga económica lazada en torno a él para preservar el monopolio nuclear de Israel en la región; y el régimen de Teherán, interiormente más aislado y dividido que en el pasado, se enfrenta a una oposición de masas enfurecida por el fraude electoral y ansiosa por una mayor integración con Occidente. La conjunción de estas dos crisis interrelacionadas ha desencadenado un torrente de clichés y homilias en la mediaesfera euro-estadounidense. En este número, publicamos el primero de una serie de artículos sobre Irán, que pretende ofrecer una cobertura más informada y crítica del país. En un texto realmente original, James Buchan sitúa el actual punto muerto del régimen en una perspectiva histórico-cultural que se remonta hasta la Revolución constitucional de 1905. Muchas otras cuestiones permanecen abiertas. Entre las básicamente distorsionadas o ignoradas en los tratamientos estándares de la política iraní se hallan los respectivos logros económicos y políticos conseguidos en la práctica por los gobiernos de Rafsanjani/Jatamí y Ahmadineyad; la composición de clase del bloque Verde de 2009; la base social de la lealtad al régimen; los papeles exactos desempeñados respectivamente por las Fuerzas Armadas y los Guardias Revolucionarios.*

*narios en la estructura de poder del país; los fundamentos intelectuales, regionales o de otro tipo de las divisiones existentes entre las diversas facciones del estamento clerical; sin olvidar, por supuesto, las estrategias y actividades de los regímenes occidentales inclinados a someter a Irán como un peón domesticado más de la «comunidad internacional». La NLR espera abordar estos y otros problemas al hilo del despliegue de la doble crisis señalada.*

## ¿UN BONAPARTE DEL BAZAR?

Hegel dice en sus lecciones que la historia debe repetirse para ser inteligible<sup>1</sup>. Sí, replicó Marx, en su más elegante trabajo de periodismo, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1852), primero como tragedia y después como farsa<sup>2</sup>. Marx consideró el golpe de Estado del príncipe Napoleón en 1851 como una reposición cómica de la toma del poder por Napoleón Bonaparte el 18 Brumario del año VIII del calendario revolucionario (1799), una mera representación en unas circunstancias modificadas. ¿Qué habrían opinado Hegel y Marx de los días de junio en Irán? La victoria de Mahmoud Ahmadineyad en las décimas elecciones presidenciales iraníes el 22 de khordad, o 12 de junio, fue para sus seguidores un ejemplo de gracia divina y para sus rivales un vulgar fraude. Para el estudioso de la historia iraní, el 12 de junio encaja en la pauta según la cual las revoluciones populares (1906 y 1979) son interrumpidas por un golpe de Estado y después por otro y por otro más. En lugar de Muhammed Ali Shah Qajar, tenemos a Ali Jamenei, en lugar del comandante cosaco Liakhov nos encontramos con el ministro del Interior Mahsouli, y en lugar de Reza nos topamos con Mahmoud Ahmadineyad, un Bonaparte persa embutido en un gabán.

Para los iraníes dotados de una mentalidad religiosa, la historia de su país consiste en la disrupción de la voluntad de Dios por conspiradores, mercenarios, el capital extranjero, los liberales y el Servicio Persa de la BBC. Para quienes tienen una mentalidad secular, el seguro tránsito del país hacia la ilustración se ve interrumpido por impredecibles periodos de oscuridad, como sucede en un viaje en tren por un país montañoso. En ambos casos, la consecuencia es la frustración en la que a los Reinos Protegidos de Irán no se les concede ni la prosperidad ni la justicia, ni la fama que merecen ante los ojos de Dios ni el juicio de la humanidad.

Dentro de esta compleja pauta existe un conflicto fundamental que, como cabría esperar en la tierra que dio al mundo el maniqueísmo, adquiere di-

---

<sup>1</sup> G. W. F. Hegel, *Vorlesungen über die Philosophie der Weltgeschichte*, ed. Georg Lasson, Hamburgo, 1968, vol. 3, p. 712.

<sup>2</sup> K. Marx, *Surveys from Exile*, Harmondsworth, 1973, p. 146.

ferentes formas en diferentes épocas históricas. El despotismo combate al constitucionalismo, la monarquía al parlamento, la derecha a la izquierda, dios al diablo, los partidarios de la línea dura a los acomodaticios. El 12 de junio de 2009 abre un nuevo capítulo. El largo punto muerto, que se prolongaba desde la muerte en 1989 del pionero revolucionario Ruhollah Jomeini, en el que los reformadores no podían reformar y los partidarios de la línea dura no podían imponer su dureza, se ha roto. El republicanismo iraní, o *jomburiat*, está herido y los clérigos se enfrentan entre sí en un estado de abierta hostilidad. Entramos en un periodo de confusión, confrontación con las potencias occidentales y entusiasmo mesiánico. En alguna parte de los grandes desiertos de sal de Irán se producirá pronto una explosión nuclear.

### *Coronas y constituciones*

En 1905 Irán era lugar apartado del mundo en el que la modernidad europea se hallaba representada por unas cuantas *kalebeskis* tiradas por caballos, cinco millas de ferrocarril para peregrinos que algunos recorrían envueltos en sus sudarios, una azucarera en quiebra, un politécnico, una brigada de cosacos y 30 millones de rublos de deuda nacional para financiar la casa del sah y sus tratamientos en balnearios franceses. Una protesta por el apaleamiento de dos mercaderes de azúcar y las objeciones por la construcción de un banco ruso se transformaron en una revuelta contra la autocracia Qajar, el precio del hambre y la venta de concesiones al turbio capital europeo. Los clérigos progresistas, los tenderos, los artesanos y unos pocos liberales y socialdemócratas reivindicaron una «casa de la justicia» y después un *majlis* (parlamento), el *qanun* (imperio de la ley) e incluso una *masbruteh* (constitución). Atormentado por la gota y las piedras en el riñón, el sah Muzaffaruddin Qajar acordó otorgar una constitución el 5 de agosto de 1906 y convocó el *Majlis* dos meses más tarde. En un país en el que los apellidos llegarían tan sólo unos cuantos años después, los diputados se anunciaban a sí mismos por sus ocupaciones: los señores Librero, Jefe de los sastres, Vendedor de sedas, Mayorista, Flechero, Vendedor de cristal, Frutero, Cecedor de arroz, Intermediario, Relojero<sup>3</sup>.

Muzaffaruddin murió ese invierno y su hijo, Mohamed Ali, se opuso a cualquier limitación de las antiguas prerrogativas de la monarquía. El 24 de julio de 1908, el comandante de la brigada de cosacos, Vladimir Platonovich Liakhov, apuntó con su cañón al edificio del *Majlis* en Teherán. Por entonces, la mayoría de los clérigos desconfiaba del gobierno democrático y los vehementes discursos sobre la libertad y la igualdad. El jeque Fazlollah Nuri, el más ilustrado e influyente clérigo de Teherán, concluyó que hasta que el Señor del Tiempo –el duodécimo imán, descendente directo del Pro-

---

<sup>3</sup> *Habl ul-matin* (Calcuta), 1907, citado en Ahmad Kasravi, *Tarikh-e masbruteyeh Iran*, Teherán, 1384, p. 181.

feta por la línea de su hija Fátima— surgiera de su desconocido paradero e inaugurara la era de la justicia y el fin del mundo, un gobierno absolutista que aplicara la ley islámica era el menor de los males posibles. Para el historiador anticlerical Ahmad Kasravi, la Revolución constitucional fue prematura. «La masa del pueblo», escribió en la década de los años veinte,

no tenía la más remota idea de lo que era una constitución y lo que implicaba; tomó parte en la insurrección simplemente para seguir a sus líderes. En ese caso, debería haber habido en los inicios del movimiento personas que guiasen, educasen y enseñasen a la gente qué significaba el gobierno popular, la vida nacional y el progreso tal como son comprendidos en Europa<sup>4</sup>.

El «pequeño despotismo», como se denominó, duró justo un año. Una fuerza compuesta por tribus constitucionalistas de bakhtiari se reunió en Isfahan, derrotó al ejército real y restableció el *Majlis*. El jeque Fazlollah fue ahorcado el 30 de junio de 1909. Pero el constitucionalismo se desintegró gradualmente y buena parte de los clérigos volvió a los seminarios o se quitó sus turbantes. En 1921, un oficial cosaco llamado Reza tomó el poder, expulsó a los Qajars cuatro años más tarde e instituyó un despotismo modernizador. Los extranjeros respondieron de acuerdo a su estilo nacional: las señoras inglesas asistieron a la coronación de Reza en 1926 y diseñaron los uniformes de la corte siguiendo los patrones de Kensington Palace; un profesor alemán resucitó un antigua palabra persa, Pahlavi, para consagrar a la nueva dinastía; los orientistas soviéticos reunidos en torno a *Novy Vostok* consideraron a Reza un revolucionario burgués, antifeudal y antiimperial, que crearía una sociedad industrial pronta para la revolución proletaria.

Reza introdujo a su debido tiempo los apellidos, un código de vestimenta uniforme, fábricas, un banco y una universidad nacionales, una compañía de seguros y el servicio militar. Pagó la deuda exterior y forzó a los funcionarios del gobierno a aparecer en público con sus esposas. Aplastó el carácter corporativo de la sociedad iraní, asesinó a sus asociados o los empujó al suicidio, y se enemistó con todo tipo de hombres y mujeres. Acusado por las políticas comerciales soviéticas y odiando el control británico de la industria petrolera en el sur del país, Reza se sintió atraído por Weimar y después por la Alemania nacionalsocialista. Construyó un ferrocarril desde el norte hasta el sur de país, pagado con impuestos que gravaban los únicos lujos de su pueblo, el té y el azúcar, y ése fue su error.

En 1941, los soviéticos y los británicos, que necesitaban el ferrocarril transiraní para hacer llegar los bombarderos y camiones estadounidenses al Ejército Rojo, invadieron Irán y enviaron a Reza al exilio. Su hijo Mohammed Reza ocupó su lugar, pero antes de que pudiera hacerse con las riendas de la situación, se produjo un breve florecimiento del gobierno par-

<sup>4</sup> A. Kasravi, *Tarikh-e masbruteyeh Iran*, cit., p. 273.

lamentario. Bajo la protección del Ejército Rojo, situado en el norte de Irán, un partido de frente popular, el *Tuddeh* («masa»), ganó poder e influencia. En 1953, después de que un valetudinario noble llamado Mosadeq as-Saltaneh nacionalizase la industria petrolera británica en medio de un gran entusiasmo popular, los matones de bazar y los clérigos anti-comunistas (generosamente untados por británicos y estadounidenses) organizaron el tercer golpe de Estado. Restaurado en su trono, Mohammed Reza desmanteló el gobierno representativo, suprimió la oposición secular e intentó demoler al estamento clerical como fuerza política, enviando al conflictivo Jomeini al exilio en 1964.

Cuando llegó la revolución, en el duro invierno de 1978-1979, los viejos eslóganes constitucionales de independencia y del imperio de la ley se fusionaron con las ceremonias de duelo de los chiitas por los mártires de la familia del Profeta. El público oía fascinado por la televisión a Jomeini disertando durante cinco noches sobre las seis primeras palabras del Corán<sup>5</sup>. Entretanto, los estudiantes radicales ocupaban la embajada estadounidense y el Partido Republicano Islámico, cuyo periódico era editado y gestionado por un tal Mir Hussein Musavi, se burlaba de los liberales. En la nueva constitución escrita por los teóricos del PRI, se revivió el gobierno de 1906 aunque acotado por instituciones específicas, como el Consejo de Guardianes, designadas para preservar la hegemonía clerical. La nueva constitución, aprobada por referéndum el 24 de octubre de 1979, colocó como máximo responsable (primero de Irán y después del mundo), como regente hasta el feliz momento en que el Señor de los Tiempos se diese a conocer, a un jurista formado en un seminario. Esta disposición, tan rica en posibilidades para el conflicto político y doctrinal, permaneció intacta durante treinta años de elecciones presidenciales, parlamentarias y municipales. Eso cambió el 12 de junio de 2009.

### *Un golpe electoral*

Incluso en Irán, lugar único en la tierra en el que los milagros no sólo ocurren sino que proliferan cada vez más, los resultados de las décimas elecciones presidenciales son un prodigio. El sucesor de Jomeini como líder supremo, el ayatolá Ali Jamenei, vio en el voto la evidencia del «favor especial del Señor de los Tiempos para con el pueblo iraní y el sistema de la República Islámica»<sup>6</sup>. Por el contrario, el ayatolá Hosein-Ali Montazeri, un viejo revolucionario retirado que vive cerca de Isfahan, dijo que eran «resultados que nadie con su capacidad de raciocinio intacta podría posiblemente aceptar»<sup>7</sup>. Haber obtenido el 85 por 100 de los votos es una cosa,

<sup>5</sup> Ruhollah Jomeini, *Tafsir-e sureye hamd*, Qom, 1363.

<sup>6</sup> «Khutbeh-haye namaz-e jome'e tehran», 29 de khordad de 1388, disponible en [<http://khamenei.ir>].

<sup>7</sup> «Payyam-e ayatollah montazeri piramun-e natae-e entekhabat», 26 de khordad de 1388, disponible en [<http://www.amontazeri.com>].

pero que casi todos los nuevos votantes opten por Mahmud Ahmadineyad es otra. En una provincia, Azerbaiyán Oriental, que resulta que es la provincia de origen de Mir Hussein Mussavi, su principal rival, Ahmadineyad incrementó diez veces los votos obtenidos en 2005. En dos provincias, Yazd y Mazanderan, votó más gente que inscritos en el censo electoral, y en otras cuatro provincias la tasa de participación fue del 95 por 100. Los iraníes en posesión de documento de identidad pueden votar donde les plazca y Yazd es una bonita ciudad en la que vive una interesante comunidad zoroastriana, que cuenta con una tradición de producción de seda que se resiste a desaparecer, etc., pero que exige varios días de camino para llegar a ella. Aquí, por ejemplo, los votos de las elecciones al *Majlis* de 1943 tardaron en contarse seis meses, mientras que en estas elecciones presidenciales conoció un resultado satisfactorio en una hora.

En política lo que importa es lo que la gente piensa. Millones de iraníes creen que el Ministerio del Interior, bajo las órdenes de Sadeq Mahsouli, y las autoridades clericales les han privado del derecho al voto. Es como si los y las iraníes no fueran más que apáticas *rayots* («cabezas de ganado») de la Edad Media, no una nación que fue pionera en introducir el gobierno representativo en Asia en 1906, derrocó un despotismo bien armado en 1979 y dio saltos enormes en la alfabetización y la educación superior durante la última generación. Ésta no es la sociedad de 1906, ni siquiera la de 1979, sino una población educada, que habita en ciudades inmensas y que conoce bien su propia historia. La gente sabe que el gobierno representativo es una fuerza en Irán. Fue el *Majlis* el que impidió a lord Curzon establecer un protectorado personal en 1919, se levantó contra los soviéticos en 1946, expulsó a los mezquinos gestores escoceses de la Anglo-Iranian Oil Company en 1951 y reformó la ley de divorcio unilateral en 1967.

Las elecciones manipuladas no son nada nuevo en Irán. Las novenas elecciones presidenciales de 2005, que llevaron a Ahmadineyad, entonces alcalde de Teherán, a la presidencia del gobierno por primera vez, no inspiraron confianza alguna a los matemáticos iraníes. Las cuestiones que se plantean esta vez son las siguientes: ¿por qué el *establishment* revolucionario de Irán, conocido en persa como *nezam* o sistema, consideró razonable organizar este chapucero pequeño golpe de Estado en este particular año de 1388 del calendario solar persa?; ¿y cuáles son las consecuencias en la vida y la prosperidad de la República Islámica?

### *Contendientes*

De los 475 hombres y mujeres que se presentaron como candidatos a presidente, todos excepto cuatro fueron rechazados por el Consejo de Guardianes. Eran los siguientes: Ahmadineyad, presidente actual; un ex comandante de la Guardia Revolucionaria, Mohsen Rezai; un anciano clérigo ex portavoz del *Majlis*, Mehdi Karrubí, y un ex primer ministro retirado, Mir Hussein Musavi. De los contendientes, tan sólo se dio una oportunidad a

Musavi. Primo del líder supremo, el ayatolá Jamenei, Musavi descende de la misma rama que la familia del Profeta, como el propio Jomeini. Se formó como arquitecto y planificador urbano. Discípulo, junto con su mujer, Zahara Rahnavard, del filósofo fanonista Ali Shariati, Musavi llegó al poder en el malhadado verano de 1981, cuando la primera generación de asociados a Jomeini fue eliminado de la escena mediante coches bomba y asesinatos perpetrados por los *mujabidines* de extrema izquierda. A ello siguió la pesadilla de un periodo de terror en el que no sólo los *mujabidines* sino también la izquierda secular y los separatistas kurdos fueron eliminados o expulsados al exilio. La prisión de Evin se convirtió durante un tiempo en un campo de concentración y 3.000 jóvenes fueron enviados a la horca.

Como primer ministro durante el Terror y los ocho años de guerra con el Iraq baazista, Musavi es recordado por su justo sistema de racionamiento de alimentos y combustible, y por sus malas relaciones con Jamenei, entonces presidente. Nada más alcanzarse el alto el fuego con el Baaz en 1988, Musavi dimitió. La muerte de Jomeini poco después le privó de su principal apoyo y aupó a Jamenei como líder o regente. El puesto de primer ministro fue abolido, el Partido de la Revolución Islámica disuelto y Musavi se retiró a la vida privada. Cuando, en el curso de la reconstrucción de posguerra, los restos dispersos de la izquierda islámica se unieron con la frustrada generación más joven para convertirse en los «reformistas» (*aslabtalaban*), Musavi resistió las presiones para presentarse a la presidencia a favor de un popular clérigo de segunda fila, Mohamed Jatamí.

«Un hijo insignificante de la Revolución», como se describe a sí mismo, el gesto devoto y las ceremoniosas maneras de Musavi no parecían constituir una amenaza para el sistema o para sus ambiciones de desarrollar armas nucleares. Musavi declaró, por ejemplo, a la revista *Time* el día anterior a las elecciones que el uso de la energía nuclear iraní para la construcción de armas era «negociable»<sup>8</sup>. Sin embargo, el proyecto iraní de enriquecer uranio no está bajo el control del presidente iraní. Un gestor del Terror arrepentido tal vez no sea la mejor opción para muchos jóvenes iraníes que anhelan poner fin a su aislamiento y el retorno de los exiliados. En todo caso, formas de gobierno en Irán que parecen anticuadas suelen ser perdurables. Los safavies pervivieron más de un siglo después de haber sucumbido a la bebida y a la política del harén, los Qajar sobrevivieron mucho tiempo a la pérdida de su vigor y de sus ingresos, e incluso los Pahlavi, odiados como eran, ocuparon el trono del pavo real durante cincuenta y cuatro años. La Constitución de la República Islámica, con su mezcla de democracia parlamentaria y dictadura clerical, ha sobrevivido desde 1979 con apenas pequeñas al-

---

<sup>8</sup> Joe Klein y Nahid Siamdoust, «The Man Who Could Beat Ahmadinejad», *Time*, 12 de junio de 2009.



teraciones, siendo las más importantes la abolición del cargo de primer ministro y la vuelta de Musavi a su mesa de arquitecto y a su caballete de pintor.

En los diez días de campaña, los reformistas Musavi y Karrubí se concentraron menos en sus propias políticas que en la conducta de Ahmadineyad, un hombre de dudosa sinceridad, supersticioso, caótico en su trabajo administrativo y rústico, incluso bufonesco, en sus apariciones en la escena diplomática. Ahmadineyad contraatacaba con su vivacidad, sus modos obreros, su generosidad con el dinero del Estado, su intimidad con el Señor del Tiempo, su acervo de historias populares de *Molla Nared-din*<sup>\*</sup>, sus ataques a los judíos y su humillación de la Armada británica en Shatt al-Araba. En una serie de debates televisivos —una novedad para Irán—, Ahmadineyad sembró dudas sobre la probidad financiera de sus oponentes e insultó a Zahra Rahnavard.

Cuando la campaña de Musavi adquirió fuerza, adoptó como símbolo el color verde. Fue algo a un tiempo imprudente y sabio. Sabio porque el verde es el color de la familia del Profeta y también muy atractivo a la vista. Imprudente porque el mando de la Guardia Revolucionaria ha llegado a temer una revolución desde abajo. El verde musaví evocaba el rosa georgiano, el naranja ucraniano y el tulipán kirguís. Dado que éstos fueron movimientos para derribar restos momificados del dominio soviético, no parecían guardar mucha relación con Irán, que, para sorpresa de todo el mundo, incluida la propia, había logrado expulsar al Ejército Rojo en 1946. El 10 junio, Yadollah Javani, director político de los Guardianes, advirtió que una revolución de terciopelo no sería tolerada. «Existen muchos indicios de que algunos grupos extremistas tienen en mente una “revolución coloreada”», dijo. «Cualquier intento de una revolución de terciopelo será cortado de cuajo»<sup>9</sup>.

Un presidente demócrata en Washington con frecuencia desestabiliza un régimen autoritario en Irán. John F. Kennedy en 1962 y Jimmy Carter en 1976 insistieron en la necesidad de introducir reformas democráticas que a la postre fueron desastrosas para Mohamed Reza Pahlavi. Como dijo Tocqueville, un mal gobierno nunca es más vulnerable que en el momento en que comienza a reformarse a sí mismo<sup>10</sup>. El Irán revolucionario cuenta, para conseguir su apoyo público, con la amenaza externa tanto política como doctrinal. Barack Obama, al ofrecer su mano, hizo tambalearse uno de los tres principales pilares que mantienen al país en perpetua tensión; los otros dos son la amenaza de un ataque de Israel y el secarismo suní, sea saudí, binladenita o deobandita.

\* Periódico satírico publicado en Azerbaiyán intermitentemente entre 1906 y 1931. [N. del T.]

<sup>9</sup> *Sobb-e sadeq*, 18 de khordad de 1388.

<sup>10</sup> Alexis de Tocqueville, *The Old Regime and the Revolution*, Libro III, capítulo 4 [ed. cast.: *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Madrid, Istmo, 2004].

Las elecciones presidenciales en la República Islámica se producen en dos vueltas, una práctica francesa que Jomeini y sus asesores se trajeron en su equipaje de mano desde París en 1979 como si fuese una caja de *mugat*. A no ser que un único candidato obtenga el 50 por 100 más un voto en la primera vuelta, tras dos semanas se produce la segunda entre los dos líderes más votados. Parece que el 62 por 100 obtenido por Ahmadineyad con tan sospechosa prisa la mañana del 13 de junio llegó precisamente para impedir esa posibilidad. Había que evitar a toda costa una segunda vuelta, en la que el *muj-e sabz* u «ola verde» podría haberse convertido en una avalancha y barrido a Ahmadineyad. Como sucede con frecuencia, lo que parece ser una consecuencia es en realidad una causa. Sea cual sea la verdad en este asunto, Ahmadineyad es tan locuaz que pronto todos sabremos qué sucedió.

La semana que siguió reeditó la revitalización del Irán de la multitud, una fuerza no vista en la política iraní desde el funeral de Jomeini en 1989. Se sabe que al menos 34 jóvenes fueron asesinados por la fuerzas de seguridad, muchos de ellos en ataques preventivos a la ciudad dormitorio de la Universidad de Teherán en la madrugada del 15 de junio y a lo largo de ese día, cuando una multitud de millones de personas fue tiroteada desde una base del ala armada de la milicia o *basij*, en el monumento de Mohamed Reza a la monarquía en la plaza Azadi.

De forma adecuadamente marxiana, los musavíes se adornaron con los símbolos de la Revolución de 1979. Como en los días de enero de ese año, cada noche el clamor de «Dios es grande» resonaba desde los tejados y era devuelto por las montañas situadas al norte de la ciudad. Como en 1979, gritaban «¡Muerte al dictador!» (o «¡Muerte a la dictadura!»), si bien esta vez el dictador era Jamenei y la dictadura las autoridades de la Regencia Clerical (*velayat-e faqih*). Si las cabezas de los musavíes estaban llenas de 1979, 1953 y 1908, el sistema también sucumbió a la nostalgia. Ahmadineyad vio la mano invisible de Downing Street y pellizcó la cola del adormilado león británico en su madriguera de ladrillo y glicinias de la avenida Ferdowsi. Lo que era nuevo era el estilo de la represión. Los viejos *chomaqdarán* o mamporreros que reventaban las manifestaciones de la izquierda o de las mujeres a principios de los años ochenta, se hallan ahora flanqueados por militares equipados con enormes motos y armas automáticas. Varios centenares de opositores fueron arrestados el 1 de agosto y un nutrido grupo fue procesado. En el juicio, Mohamed Ali Abtahi, consejero de Karrubí, con uniforme de prisionero y privado de su turbante, confesó que se había equivocado al afirmar que el resultado electoral había sido un fraude. Dijo que Jatamí, Musavi y el ex presidente Ali Adbar Hasehmi Rafsanjani habían conspirado de antemano para desencadenar una revolución de terciopelo. Nadie en Irán da crédito a tales confesiones obtenidas en prisión, que han constituido una característica de la vida iraní desde los Pahlavi, o responde con otra cosa que lo que quieren oír quienes interrogan. La lamentable actuación de Abtahi era simplemente una advertencia a los de-

nominados caballeros de que ellos también podrían terminar pasando una temporada en Evin.

Las multitudes carecían de liderazgo. Musavi, su esposa y sus amigos no estaban dispuestos a exponer a sus jóvenes seguidores a un baño de sangre. Carecían de un programa, tan sólo esgrimían una cuestión constitucionalista: *rai-e man ku*, ¿dónde está mi voto? Carecían de organización, excepto como una coalición de pequeños partidos sólo conocidos por expertos en política persa, tales como la Unión de los Clérigos en Campaña o el Frente de Participación del Irán Islámico. Al igual que la Revolución de 1905-1906 descubrió los periódicos y los telegramas, los musavíes recurrieron a las modernísimas comunicaciones electrónicas. Los ataques para bloquear el servicio de las páginas web de Jamenei y de los Guardianes fueron muy buenos, pero no reemplazaban la acción directa de 1905-1906: el cierre del bazar, el asilo masivo en la legación británica y la migración general de los clérigos constitucionalistas a Qom. Tampoco hubo, como tras el golpe de Estado de 1908, una reserva de fuerzas constitucionalistas en las tribus, como cuando los bakhtiari marcharon sobre Teherán y derrotaron al ejército real. Los Pahlavi aplastaron a las tribus del mismo modo que destruyeron todo lo que representaba al viejo Irán; y lo que comenzó Reza lo concluyeron los Guardianes cuando Khosrow Khan, jefe de los Qashqai nómadas, fue colgado en la plaza del mercado de Firuzabad en octubre de 1982.

Sobre todo, los musavíes no lograron ganarse a la economía tradicional o bazar. Aunque el bazar se siente frustrado por la mediocridad económica y por las prácticas inflacionistas de Ahmadineyad, no cerró durante el mes de junio. No se produjo esa gradualmente creciente parálisis industrial característica no sólo de 1906 sino también del otoño de 1978, cuando el régimen de los Pahlavi no pudo recaudar sus ingresos aduaneros o suministrar combustible a sus brigadas motorizadas. Incluso una economía tan caótica y mal gestionada como la iraní genera unos ingresos que, distribuidos a los guardianes revolucionarios, las fuerzas regulares, la policía, la milicia, las industrias nacionalizadas, los veteranos de la guerra de Iraq, los funcionarios del Estado, los amplios efectivos clericales de fundaciones de manos muertas y seminarios, y los subsidios de alimentos y gasolina, crean un masa de iraníes que tiene interés en que las cosas sigan como están. El exceso de los gastos sobre los ingresos se financia mediante la inflación, que siempre es el modo de gravar a los trabajadores, ya que es un impuesto que no puede dejarse de pagar. El nivel de vida, cuando se expresa en renta per cápita, no ha subido desde los días de Mohamed Reza, pero las desigualdades son mucho menos evidentes que bajo los Pahlavi y existen códigos suntuarios mucho más poderosos. Mientras que el régimen se mantenga al resguardo de la competencia extranjera e imponga una conducta y un modo de vestir modestos para hombres y mujeres (*bijab*), puede contar con el bazar. Los guardianes de base, que pueden no ser más firmes que el ejército del sah, no fueron puestos a prueba en los bulevares.

El *twittering* de los exiliados se convirtió, en la tercera semana de junio, en poco más que un suave rumor de pajarillos sobre un cable. En la oración de los viernes en la Universidad de Teherán del 19 de junio, Jamenei habló *ex catedra*, evocó los juicios del patriarca chií, el imán Alí, y dijo que un fraude de un millón de votos era posible, pero no uno de once millones. Declaró el asunto cerrado y amenazó con castigos si las protestas continuaban. El 29 de junio el Consejo de Guardianes decretó la validez de la elección. El 5 de agosto Ahmadineyad juró como presidente.

### *Efectos retardados*

Así pues, ¿cuáles son las consecuencias? Mohamed Reza solía decir que aquellos a quienes no gustaba su gran civilización podían irse. Desde 1979 el principal remedio de la República Islámica para enfrentarse a los sujetos revoltosos no ha sido tanto la represión como el exilio. Cada temblor del régimen ha producido una oleada de emigración. Los monárquicos, las familias militares, los *savakis*, los judíos y la izquierda *baba* lo hicieron en 1979. Los liberales y la izquierda se fueron tras el Terror de 1981. Durante la década de los noventa, cuando el petróleo podía obtenerse por 10 dólares el barril, la economía se estancó y la moneda colapsó, cientos de miles de jóvenes se apresuraron a abandonar el país precipitándose a los campos petrolíferos de Baku o a las minas de carbón de Krivoy Rog. Los musavíes constituirán, sin duda, la cuarta oleada de emigración.

Semejante purificación mediante el exilio tiene dos efectos higiénicos. El primero preserva una imagen de unidad (*vahdat*) que constituye la pretensión de la política islámica al igual que es el principio de la teología islámica: el pueblo es tan indivisible como la divinidad. El segundo es restringir las ambiciones de la clase media iraní y preservar su carácter pequeño burgués, tradicional y religioso. Un efecto colateral ha sido crear un ejército de un millón o más de exiliados iraníes en Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Alemania y Suecia, todos excepto unos pocos prosperando y locos de nostalgia por su patria. Es como si en Bel Air y South Kensington hubieran perdido el privilegio metafísico de ser iraníes. Sus cohortes en Irán han sido compensadas por los refugiados procedentes de las guerras de Afganistán e Iraq.

No obstante, lo que ha pasado ha pasado. La pérdida de aplomo del sistema durante los días de junio ha erosionado su prestigio. A pesar del amplio espectro de organismos no electos que rodean al *Majlis* y a la presidencia, el régimen aún podría no ver asegurados sus deseos sin transmitir una fuerte impresión de fraude y tirotear a mujeres jóvenes. Un orden que una vez soñó con imponer un gobierno islámico en Iraq (o al menos sobre el seminario de Najaf que Jomeini había odiado tanto en su exilio iraquí de las décadas de los años sesenta y setenta) se encuentra sacudido en sus cimientos por un gris arquitecto y multitudes desarmadas. Una Revolución que prometía dictar la ley al mundo y devolver Jerusalén a los musulmanes ha

vuelto a un chiismo pesimista en un solo país, atrincherado tras las murallas de una fe y una conducta social que son constantemente violadas.

En el caso del ayatolá Mohamed-Taqui Mesbah-Yazdi, filósofo y místico de Qom a quien tanto Ahmadineyad como su círculo político, el Abadgaran, se hallan muy ligados, este pesimismo bordea el derrotismo. Para Mesbah-Yazdi, Irán se halla bajo un perpetuo asalto y no únicamente en la arena militar. «En la esfera económica», dijo en una ocasión,

esta guerra toma la forma de conspiraciones internacionales para impedir el progreso económico y científico en el mundo islámico. En el plano político, se revela en las acciones de mercenarios locales y traidores que siembran el caos político y la disensión entre los musulmanes. Pero el teatro bélico más importante es la cultura, donde durante años los colonialistas y agresores han utilizado trucos diversos con los musulmanes. Por desgracia, nosotros vemos signos de su victoria en nuestro país e incluso en nuestros hogares.

En un discurso en Mashad el 19 de julio, dijo que aquellos que querían declarar las elecciones no válidas estaban negando el principio mismo de guía clerical<sup>11</sup>.

La Constitución de la República Islámica funcionaba. Su carácter representativo dio a los ciudadanos iraníes la sensación de que compartían una parte del gobierno, que proporcionaba un manto para la legitimación popular de la política de Irán como potencia. Retrospectivamente, el rechazo de los Pahlavi a tolerar el gobierno representativo les privó de la posibilidad de interactuar con los disidentes. Reza abusaba y apaleaba a los parlamentarios como hizo con sus asociados, y su exilio tras la invasión anglo-soviética de 1941 fue bienvenido principalmente porque permitió una revitalización del gobierno parlamentario. En su momento su hijo, Mohamed Reza, que pasó de ser un joven aterrorizado durante los años de guerra a convertirse en una especie de edición ampliada de su padre, no tenía adonde volverse sino hacia un desacreditado e impopular partido único, el *Rastakhiz* («renacimiento»). Ahora es imposible imaginar que las elecciones al undécimo periodo presidencial generen el más mínimo entusiasmo. Cuando, durante la oración de los viernes, el 19 de junio Jamenei dirigió su mirada hacia Ahmadineyad, situado en la primera fila y sonriendo como un alumno aventajado, debe haberse preguntado: ¿cómo me voy a deshacer de este idiota en los próximos cuatro años? Las elecciones pueden degenerar en un *bayat* o juramento de fidelidad del tipo que el jeque Fazlollah tenía en mente.

Tanto por su trágica visión de la historia como por su promesa de redención, los chiíes han sido desde los tiempos de los safavíes el princi-

<sup>11</sup> «Dar musir-e defa'e hameh janebeh az islam», Ramadan 1425, disponible en [www.mesbahyazdi.org]; el discurso de Mashad se halla disponible en [www.parlemannews.ir].

pal medio de conquistar y preservar el poder en los Reinos Protegidos de Irán. Enfrentado con el dilema de toda escritura, que es redactada en un momento pero debe legislar para la eternidad, el chií iraní permite a aquellos hombres que pueden dominar el exigente currículum seminarial una gran libertad a la hora de legislar. Es esta libertad la que permitió a los chiitas importar tantos productos mentales europeos durante el siglo XIX, tales como el constitucionalismo y la francmasonería, el tercermundismo en la década de los sesenta y ahora Internet. Sin embargo, nunca en toda la historia musulmana se produjo una innovación semejante a las teorías de Jomeini para tomar y conservar el poder en el mundo. Analizando retrospectivamente las conferencias de Jomeini en Najaf en enero y febrero de 1970, conocidas ahora como *Islamic Government. The Regency of Jurist*, no deja de sorprender cómo el argumento procede no por autoridad (como en el pensamiento musulmán clásico) sino por aserción. Es como si Jomeini, en sus largos viajes por los remotos confines de la teosofía persa en las décadas de los años veinte y treinta, hubiera dominado esos secretos gnósticos perdidos que le permitían hablar con la voz de Dios.

Estas fantásticas teorías persas nunca han tenido mucho crédito fuera de Irán. Son impensables, en tanto que herejía, en las tierras de la Sunna y casi desconocidos en los bastiones de los chiitas del sur de Iraq, el sur del Líbano o la India. Cuando Jomeini fue enviado al exilio por Mohamed Reza en 1964 y peregrinó a la tumba del imán Alí en Najaf, fue sometido al ostracismo por los altos clérigos chiitas<sup>12</sup>. El religioso más venerado de Najaf en nuestros días, el ayatolá Alí Sistani, un iraní de la generación de Jomeini, es un constitucionalista cortado por el patrón de principios del siglo XX. Su contribución singular al rescate de Iraq de la guerra civil fue su decreto de 2005 que pedía que los chiitas votasen en las elecciones parlamentarias.

Incluso en Irán, la unidad de los clérigos jomeinistas se ha roto. Los religiosos de gran autoridad han sido silenciados o «empujados» al retiro. Los héroes del movimiento de Jomeini, que sufrieron el exilio, las prisiones de los Pahlavi y la bala del asesino en sus púlpitos, se ven desplazados por trepas y charlatanes advenedizos. Montazeri, a quien Jomeini una vez llamó «el fruto de mi vida», se halla confinado en su domicilio de Najafabad desde 1997. En 2002, el ayatolá Jalaluddin Taheri, el líder de los fieles de Isfahán, se retiró ante una intolerable vida pública corrupta, con palabras que transmiten el verdadero espíritu de 1906: «Cuando recuerdo las promesas y las intenciones de los primeros días de la Revolución, tiemblo como un sauce sobre mi fe»<sup>13</sup>. A principios de julio, hizo una declaración condenando la manipulación de las elecciones presidenciales. Así pues, los iraníes piadosos disgustados con la violencia y los compro-

<sup>12</sup> Hamid Rouhani, *Nebzat-e emam Khomeini*, Teherán, 1381, vol. 2, p. 219 ss.

<sup>13</sup> *Nouruz*, 18 de tir de 1381, disponible en inglés en BBC Monitoring, 10 de julio de 2002.

misos de gobierno islámico tienen una amplia autoridad alternativa, o «fuente de emulación» (*marja*) como es conocida.

Como la Constitución francesa de 1848, «tan inteligentemente hecha inviolable», como dijo Marx, la Constitución de la República Islámica puede, «como Aquiles, estar herida en un punto. No en el talón, sino en la cabeza»<sup>14</sup>. El papel de líder o regente, creado en 1979 para el héroe Jomeini, es demasiado grande para sus mediocres sucesores. El clérigo hacedor de reyes, Hashemi Rafsanjani, quien en 1989 manipuló al Consejo de Expertos para elegir a Jamenei como sucesor de Jomeini, le ha dado vueltas al asunto durante mucho tiempo. En la oración del viernes en la Universidad de Teherán el 17 de julio, Rafsanjani presentó los acontecimientos del 12 junio como una traición al legado de Jomeini. «Estáis escuchando –dijo– al hombre que ha vivido cada segundo de la Revolución desde el comienzo mismo de la lucha hace aproximadamente sesenta años hasta este día. Sé lo que el Imán quería y conozco a la perfección el pensamiento del Imán»<sup>15</sup>. Si Jamenei fuese retirado por el Consejo de Expertos, que dirige Hashemi, la totalidad del edificio constitucional de la República Islámica se desmoronaría en pedazos.

### *Portentos*

Pocas ideologías duran mucho más de la generación que las hizo nacer. Los jóvenes a los que se les permitió votar por primera vez el 12 de junio apenas recuerdan el gobierno de Jatamí de 1997, por no hablar de la muerte de Jomeini, la Defensa Sagrada contra Iraq de la década de los ochenta, la Revolución o los sórdidos años de Mohamed Reza. Los repugnantes símbolos de esos periodos despiertan una escasa respuesta en su imaginación. El interminable sermoneo sobre traidores y mercenarios y sobre conspiraciones británicas no encuentra eco alguno. Nunca esperaron que la liberación de la injerencia extranjera significaría aislamiento de la corriente principal de los asuntos mundiales y desempleo en un país absolutamente hambriento de capital y cerebro. No temen la restauración de la monarquía o tiene una idea muy clara de lo que significa. Quieren libertad, no en el sentido de libertinaje, sino en el de lo que nosotros denominaríamos privacidad.

Lo que obtendrán, como todos nosotros, es ser objeto de distracción. En su *History of Religion*, Hume dividió los sentimientos religiosos, de modo provocativo, en fanáticos y supersticiosos. Jomeini, que en algunos momentos pareció estar tan ausente de este mundo transitorio como para mostrarse indiferente a los fenómenos, no alimentó superstición alguna sobre él ni mostró ninguna tolerancia hacia ella. Aquellos iraníes que ju-

<sup>14</sup> K. Marx, *Surveys from Exile*, cit., p. 160.

<sup>15</sup> BBC Monitoring, 19 de julio de 2009.

raron por lo más sagrado que vieron su rostro en la luna llena del 16 de enero de 1979 recibieron escasa atención. A Ahmadineyad, un autoconsciente hombre del pueblo, le gusta la superstición popular persa; el propio sah Abbas conservó los mejores caballos de su establo ensillados y embridados para uso del Duodécimo Imán. Ahmadineyad ha estimulado el culto de la fuente de Jamkaran, en las afueras de Qom, donde, de acuerdo con la tradición, el Señor del Tiempo apareció por un instante y donde se espera que retorne. En el fermento escatológico de estos días, el sistema bien puede descubrir en alguna sucia parada de camiones de Sistan o Fars que tiene un viejo profeta iraní pasado de moda en sus manos. Únicamente el sistema será culpable de ello. Si Jomeini y Reza tenían algo remotamente en común era esto: no habrá profetas en Irán mientras yo esté vivo.

La otra distracción es el programa nuclear. Existe una creencia fantástica en Irán en que la bomba atómica afianzará el dominio del turbante para siempre. No importa en absoluto que la capacidad de detonar una de estas bombas no preservara el *apartheid* en Sudáfrica o el gobierno militar en Pakistán. El enriquecimiento de uranio para obtener una eventual bomba avanza. Si ello aterroriza a los europeos o provoca un ataque de Israel, tanto mejor, ya que únicamente así se garantizará la unidad del pueblo y que el largo de las faldas roce el suelo. Si el futuro significa confrontación con Occidente, el mesianismo, el conformismo social y el laboratorio nuclear, ¿es de extrañar que tantos iraníes marcharan en junio de la plaza Enqelab a la de Azadi? Hasta entonces pueden contemplar a Ahmadineyad comportarse como Luis Napoleón en el último párrafo de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*:

Impulsado por las contradictorias demandas de su situación, tiene que mantener los ojos del pueblo fijos en él por medio de constantes sorpresas, es decir, ejecutando un golpe de Estado en miniatura cada día. Arrastra al conjunto de la economía burguesa a la confusión, viola todo lo que parece inviolable en la Revolución, despoja de todo halo a la máquina del Estado y lo convierte en algo desagradable y ridículo<sup>16</sup>.

---

<sup>16</sup> K. Marx, *Surveys from Exile*, cit., p. 248.